

## DESDE LA CRISTALERA

Serían sobre las 11 de la mañana cuando Luis entró en la habitación 317 de aquel centro hospitalario.

En las décadas de los 60, 70 y 80 aquello fue un sanatorio para niños con problemas óseos. Ahora su misión era diferente. Las personas que eran internadas se suponía que lo eran para estancias prolongadas o para casos tan graves que quizás no salieran vivos de allí.

Al otro lado de la cristalera todo parecía idílico. Era un día claro, con el sol subiendo hacia su máxima altura de un día de principios de invierno. El mar estaba calmo como si quisiera aportar la serenidad necesaria para considerar aquel día como esplendoroso. Sólo el frío de aquella mañana discordaba; era un día gélido y ello se notaba en las cristaleras empañadas.

A través de los ventanales de la habitación, a la izquierda, se divisaba un pueblo costero y se intuía lo que parecía la desembocadura del río en el mar.

De frente se extendía una playa que recibía las olas suaves del mar tranquilo de aquel día; la arena era amarilla y fina, pero

ningún bañista había osado acudir dado el frío invernal. Dos paseantes caminaban por la arena, cada uno en una dirección; sus perros corrían alocadamente por la playa; uno de ellos un "setter spaniel" canela pura se lanzaba al agua cada vez que su dueño le tiraba un palo; como si el dueño tuviera un imán en sus manos el perro le volvía a traer el objeto de su caza, pero sin soltarlo hasta que este se lo tomaba de la boca y lo volvía a lanzar con fuerza a ratos hacia la arena y a ratos hacia el agua salada del mar.

Más cercano, y contorneando a la playa, un paseo marítimo se prolongaba hasta un faro a la derecha, ubicado en un pequeño espigón que marcaba el límite de la playa. También el paseo estaba prácticamente vacío. Un joven hacía footing mientras una mujer, quizás su esposa, circulaba en bici algo rezagada respecto a él. En la otra punta del paseo se intuía, más que ver, un grupo de cuatro o cinco personas en animada conversación. Aunque no se podía decir con seguridad parecían ir vestidos de chándal, como si allí, a esa hora, comenzara el paseo diario que constituía su manera de mantenerse en forma.

Ese era el paisaje que se oteaba a lo lejos. Más cerca, casi al alcance de un brazo extendido, justo al otro lado de los ventanales, una balconada se extendía por toda la longitud del sanatorio. Era muy amplio, de unos tres o cuatro metros de

ancho, y en su día sirvió para sacar y exponer a la brisa marina y al sol a los cientos de niños que en otra época eran la población interna que acogió el centro.

Por dentro de las cristalerías, en la habitación 317, la estampa era del todo discordante con el luminoso, soleado y frío día que hacía. En una de las camas, en la 2 para ser más preciso, Isabel, de 93 años, yacía con la boca abierta dando bocanadas como un pez fuera del agua, como tratando de atrapar el aire. Estaba amarilla; su respiración era profunda y regular pero algo hacía ver que no era natural sino inducida por Dios sabe qué fármacos; apenas se movía. Sólo, muy de rato en rato, subía su índice de la mano izquierda hasta alcanzar su mejilla que rozaba sin que en apariencia aquel movimiento pareciera suficiente para aliviar ningún picor, ninguna desazón que tuviera. En alguna ocasión había logrado elevar ambos brazos y colocarlos bajo su nuca, apoyando esta en ellos en una posición que en otra época debió ser usual en ella. Por lo demás estaba inconsciente, sedada, sin que tuviera fuerza para abrir sus ojos y darse cuenta que su hijo Luis, de 70 años, la acompañaba y cuidaba, si es que cuidar es la palabra adecuada cuando se sabe que ya nada se puede hacer, que quien está allí tumbado morirá en poco tiempo, unas horas, como mucho unos días más tarde.

Sin embargo Luis, de pie, inclinado para estar más cerca de su madre, le hablaba con una incontenible emoción que hacía derramar chorros de lágrimas que desbordaban de sus párpados originando arroyos caudalosos que discurrían sin control por sus mejillas. Los sollozos entrecortaban las palabras de Luis, pero se oía que, con una ternura a la que no estamos acostumbrados para un fortachón de 70 años, le decía *"mamá no te vayas"*, *"¿qué voy a hacer sin ti?"*, *"¿cómo me voy a arreglar?"*. Y mientras decía esto cogía la mano de la anciana y se la ponía entre las suyas, como si aquel calor y protección que le daba, fueran a transmitir la suficiente fuerza para aliviar a la moribunda mujer. Luego, le subía la mano hasta la altura de la boca de Luis y la besaba en un acto de amor infinito propio de quienes se han querido hasta el límite de lo razonable, si es que para el amor, sea del tipo que sea, existe el juicio y la razón.

Y por si esto no fuera suficiente acercaba su cara a la de ella y la besaba esparciendo sus lágrimas por las mejillas de ella, que en un determinado momento, pareció ofrecer una sonrisa tenue que su hijo quizás no fue capaz de captar tan emocionado y confuso como estaba.

Mientras él daba rienda suelta a la exteriorización de todos los sentimientos acumulados durante décadas de convivencia con su madre, Isabel apenas tenía la energía suficiente para mover sus

pulmones, cada vez más despacio, cada vez con movimientos más lentos, ocasionalmente con alguna pausa que alarmaba a Luis, a la vez que le ponía sobre la pista del próximo desenlace ya irremediable.

Cuando al cabo de un rato, treinta o quizás cuarenta minutos, entraron las enfermeras para cambiarla de posición y aliviar su improbable sufrimiento, Luis salió de la habitación, y, solo en ese momento, ya consciente de la realidad que le rodeaba, la calma fue dando relevo a la ansiedad vivida unos minutos antes. Un fondo de impotencia y desconsuelo, de fatuo desenlace, sin embargo, quedó enraizado en las entrañas del hombre.

Cuando otro familiar llegó a relevarle, Luis quería seguir, quería permanecer junto a su madre hasta el deceso percibido ya tan cercano por los que la visitaban. Al final fue convencido y se fue, quedando la enferma al cuidado de su nieta.

Y así fue que Isabel murió en ausencia de su hijo. Lo hizo al día siguiente, por la mañana, quedamente, sin siquiera un estremecimiento de su cuerpo o un sonido gutural abisal anunciador del desenlace final.

Luis volvió tras conocer la muerte de Isabel, pero esta vez sus expresiones de pena fueron más contenidas, sobre todo porque

no era necesaria otra exteriorización emocional que la habida el día anterior y que había servido de despedida de su madre.

Sólo un observador, el acompañante de la cama 1, pudo ser fiel testigo de lo ocurrido ambos días quedando impresionado por la inmensa ternura de la escena vivida el día previo. Este es también el único que sabe que unos pocos días después la cama de Isabel fue ocupada por otra mujer quien, como ella, también se debatía entre la vida y la muerte a causa de una apoplejía, sin que pueda darse fe del final de la nueva historia.